

El destino

Miraban hacia la playa, pero se les veía dudosos. Arturo y yo les contemplábamos, mientras movían la cabeza en dirección al cocedero de arena primero, y hacia nuestro chiringuito después. Era la típica pareja de turistas: gorras con visera, bermudas floreadas y un tono de piel, como se suele decir, de cangrejo. Nunca he entendido por qué lo llaman así; los cangrejos son parduscos, o verdes, a lo sumo. Finalmente resolvieron el dilema y se sentaron en una de las mesas vacías. Arturo y yo contuvimos el aliento mientras observaban la carta con curiosidad, pasando el dedo sobre su superficie plastificada. Era evidente que, aunque aparecía en varios idiomas, no entendían bien su significado. De pronto el hombre miró en nuestra dirección y fijó sus ojos aguamarina en mis pupilas. Comentó algo brevemente con su compañera, alzó una mano y el camarero, en un santiamén, se presentó a su lado. El hombre señaló con un dedo hacia nuestro acuario y el camarero, solícito, se acercó, y sin pensárselo dos veces sacó a Arturo, el último amigo que me quedaba, el único con quien podía compartir nuestras cuitas de bogavante.

—Buena suerte, compañero —me despedí con tristeza.

—Hasta siempre —me contestó—, no te preocupes por mí. Dicen que todo pasa rápido y apenas sientes dolor.

Mientras se alejaba quise consolarle y moví mi pinza en un afligido adiós.